
Concordia

CuadMon 136
(2001) 27 - 44

Sin duda hemos quedado bastante impresionadas escuchando la afirmación del Padre Juan María de la Torre: el corazón de la reforma cisterciense ha sido la búsqueda incondicional de la concordia comunitaria. Puede ser entonces útil reflexionar un poco sobre este tema, a partir de la enseñanza de nuestros Padres.

También leyendo la unidad siete del *Exordium* nos hemos dado cuenta de la importancia del tema de la **unanimidad**. Uno de los aportes más interesantes de esta Unidad son las referencias a la "unanimidad" que preceden al Císter, como la cita de san Agustín en su comentario al Salmo 132: «Son monjes los que viven juntos, de tal manera que forman una sola persona.... Justamente se aplica "monos" a los que son "uno solo"». Y Michael Casey afirma que Agustín introduce una curiosa etimología de *monachus*. Lo más interesante es que la base de la unidad entre los seres humanos es la adopción divina, substrato teológico de la comunidad religiosa: «Tu alma no es sólo tuya, pertenece a todos tus hermanos... o, más bien, su alma y la tuya no son almas en plural, sino que son una sola alma, la única alma de Cristo». La unanimidad, y se podría decir también la concordia, no es un concepto canónico sino cristológico¹.

Se cita también a Casiano, con una frase muy fuerte de las *Colaciones* donde el término se usa en paralelo con "concordia": «La gracia de la plena y perfecta amistad sólo es posible para los que tienen la misma voluntad y un único compromiso».

También la referencia a Gregorio Magno es interesante, sobre todo en lo referente a que nuestros actos no fomenten la discordia, sino que preserven la unidad (concordia) de espíritu con los otros: «Para que en la medida de lo posible, se preserve la unanimidad con quienes convivimos... tomando precauciones para evitar el peligro de la discordia que tememos»².

Evidentemente la temática de la concordia se respiraba en el aire y no asombra que, frente a una experiencia de discordia en Molesmes, nuestros fundadores hayan buscado una auténtica experiencia de "concordia".

Pero ¿qué es la concordia para nuestros Padres y para Bernardo en

* Rita Piccardo, delegada nacional de la juventud de la Acción Católica italiana entró en Vitorchiano en 1958, tomando el nombre de Cristiana. Elegida Abadesa en 1964, durante 24 años guió a sus hermanas en la experiencia contemplativa con un enfoque misionero, dando a la Iglesia cinco fundaciones en Italia, América del Sur e Indonesia. Actualmente es Abadesa en una de ellas, Ntra. Sra. de Coromoto en Venezuela. Participó como invitada especial en el Sínodo sobre la Vida Consagrada. Este trabajo fue en su origen una serie de conferencias dadas a su Comunidad.

¹ «Unánime significa ser una sola cosa en Cristo». *In Ps 142,4*.

² *In Ez. 2,9,14*.

particular?

En la tercera serie de las *Sentencias* (250) que trata de un comentario al *Magnificat*, Bernardo habla de la pérdida de la concordia como del pecado original: «*Dispersó a los soberbios: desde el comienzo del mundo existe la dispersión entre hombres y ángeles soberbios. "Precipitaron desde el cielo al gran dragón", Satanás, y se dispersó en las tinieblas porque no quiso permanecer en la unidad de la verdad. El que no es acogido en la verdad de Dios, queda disperso en su vanidad. se dispersaron los soberbios que edificaron la torre de Babel, porque la unidad de sus lenguas desapareció*».

Aquí la falta de concordia, de unidad, considerada como culpa originaria del hombre, se identifica con una experiencia de dispersión y de tinieblas que es fruto de la soberbia, mientras que la concordia se identifica con el permanecer en la verdad de Dios, en su luz y, por consiguiente, en su voluntad. Sin duda esta radicalidad de oposición: concordia igual a luz y verdad; discordia igual a tinieblas y mentira, impresiona.

Más ampliamente Bernardo habla de la "concordia" en el *VIII sermón del Adviento* en el cual describe la ciudad de Dios, la Iglesia, como la amiga bella, hermana, esposa, pero también como el escuadrón terrible (*terribilis ut castrorum acies ordinata*). Y describe cómo este escuadrón no teme la batalla porque está ordenado por el consenso: «La penitencia forma el grupo, la vigilancia suscita la disposición y la concordia proporciona el consenso» (*consensus praebet concordia*). Y Bernardo exalta la concordia con profunda intensidad: «Los que viven en concordia y armonía en la casa del Señor, unidos por los lazos del amor, provocan al diablo dolor, pavor e incluso le propinan palizas. Esta unidad del grupo tortura al enemigo, pero más que nada reconcilia con Dios... (El diablo) al encontrarlos en sana armonía (concordia), reconoce que están en las manos de Dios y que no les tocará el tormento de la muerte».

La muerte es el pecado. Son interesantes los términos que Bernardo usa: el grupo, es decir la comunidad, se forma por la penitencia que no es solamente escoger una vida austera y penitente como puede ser la vida monástica, sino la aceptación cordial y generosa de la penitencia de la convivencia, la aceptación de las diversidades y debilidades de todos, la aceptación tanto de la alegría como de las heridas que pueden venirnos de la vida común. El amor fraterno nace de este primer paso: de la aceptación cordial de mis hermanos, tal cual son, sin pretender que cambien para acomodarse a mis necesidades o a mi sensibilidad. Los acepto y los quiero como mi camino a Dios, como la gracia necesaria para mi conversión, aún si eso significa una real penitencia, es decir un real espíritu de sacrificio y de renuncia, olvidándome de mí misma en favor de mi hermana. Pero es el sacrificio el que forma el grupo. Evidentemente Bernardo no tenía muchas ilusiones sobre la santidad de su monjes y lo que pedía claramente era que del sacrificio abnegado de cada uno naciera la comunidad.

Pone después la vigilancia como camino hacia la "aglutinación" comunitaria tan querida por nuestros Padres. «*La vigilancia suscita la disposición*». Evidentemente aquí se habla de disposición a la concordia. Quien no logra dominar el primer impulso, quien deja crecer en sí mismo sentimientos de antipatía o rencor, quien no vigila para que su corazón se mantenga libre

y amante frente a Dios y a los hombres, sin pretensiones egoístas, sin evadir el dolor de la convivencia y del humilde servir, no vigila. Si no vigila será dominado por la sensibilidad, la mala memoria, la susceptibilidad, el rencor, la comparación, la frustración y nunca tendrá esta disposición a la concordia que Bernardo exige de sus monjes. La vigilancia es una lucha: Bernardo ve en esta vigilancia la famosa castidad del corazón (*puritas cordis*), el corazón libre de todo egoísmo, capaz de entrega pura, amante, capaz de donación sin límites.

Por fin, a través del camino de la penitencia y de la vigilancia, Bernardo llega - como a una cumbre - a la concordia, y de la concordia nace el consenso que para Bernardo es el sentir-con. "Sentir", es decir percibir en sintonía profunda, en plenitud de acuerdo, en empatía verdadera con la comunidad, con los superiores, con las circunstancias que componen la historia de gracia y desarrollo de la casa, con el camino que dicta a cada paso la voluntad de Dios.

Hoy se hablaría de visión común, mientras que Bernardo habla claramente de concordia, es decir de aquel ideal de vida eclesial que siempre queda en la visión de los Padres como el punto de referencia, el sueño amado: la Iglesia primitiva de Jerusalén, donde había una sola mente y un solo corazón.

De hecho Bernardo tiene una larga cita de este ideal originario en el *Sermón 2 para la Septuagésima*: «Al venir la plenitud se acabará la división. Toda la santa ciudad de Jerusalén estará plenamente unificada... Haya también en nosotros, carísimos, unidad de espíritu; que nuestros corazones estén unidos, amando al único, buscando al único, apegándonos al único y teniendo unos mismos sentimientos... Esto no impide que cada uno tenga su propia pena y manifieste también alguna vez su propio modo de ver las cosas, e incluso distintos dones de gracia... Pero la unidad interior y la unanimidad fusionan la multiplicidad y los estrecha con el aglutinante de la caridad y el vínculo de la paz»³.

Continuando el mismo tema Bernardo afirma que «*el espíritu de unidad y concordia es la cumbre de la perfección*».

Para explicar una expresión tan fuerte Bernardo se enfrenta -a su manera- con todo el misterio de la creación y de la encarnación.

- Según Bernardo, Adán estaba revestido de las cuatro virtudes fundamentales, sello de la creación divina: la misericordia, la verdad, la justicia, la paz. «El hombre había recibido la misericordia como si fuera su guardián (*ut ipsa praevenire... protegeret et conservare ubique*)». Igualmente había recibido la verdad: «Pero como era una criatura noble y racional, necesitaba un maestro... la Verdad misma, capaz de llevarle al conocimiento de toda la verdad (*Veritas ipsa, quae eum in agnitionem summae perduceret*)». Había también recibido la «*justicia para que lo orientara*» y por fin la paz: «La mano generosa del Creador añadió el amparo y delicia de la paz». Una paz - explica Bernardo - «sin contiendas interiores y sin temores exteriores».

³ SAN BERNARDO, *Obras Completas*, T. III. BAC, Madrid, 1985, p. 397.

Nos encontramos aquí con la imagen del hombre concorde según la visión de Bernardo. Es decir el Hombre:

- que se siente constituido y custodiado por la misericordia de Dios;
- que busca la verdad y, sobre todo, sabe escucharla como un discípulo escucha al maestro (clara alusión a la Regla: Escucha, hijo, los preceptos de un maestro e inclina el oído de tu corazón). La Verdad suprema, Cristo, centro de la vida e ideal del monje, y la Verdad transmitida por la Esposa, la Iglesia Santa, universal y local, grande y pequeña;
- el hombre que practica la justicia, es decir que discierne, que sabe escoger entre el bien y el mal (uso del sano juicio). La justicia para Bernardo, más que un problema de deberes y derechos, es asumida en su sentido originario: Adán había recibido la justicia, es decir la capacidad de discernir y llamar a cada criatura por su nombre;
- y que por fin vive la paz, no tiene contiendas interiores (es decir, rencores interiores, conflictos, tensiones, divisiones) ni temores exteriores (todo lo que sabe a miedos, rechazos, interpretaciones: el mundo nebuloso de los temores). La paz de Bernardo no es un sentimiento, sino un estado de vida unificado, libre, profundamente sereno, sumergido en la fe.

Esta es la visión del hombre concorde con Dios, consigo mismo, con los demás. El pecado original derrumbó este estado de gracia y el hombre perdió la concordia de la creación.

Bernardo describe largamente cómo fue que pudieron arrebatar al hombre estas cuatro virtudes y cuenta como la curiosidad, el placer y la vanidad, o como él los llama, los bajos apetitos, ojos insaciables y arrogancia (¡siempre plástico Bernardo!), están en la base de la culpa originaria. Arrastrados y seducidos, Eva y Adán, despreciaron la misericordia, deformaron la verdad (fiándose de la serpiente y alterando lo que habían oído) e inmediatamente perdieron la paz (división interior de criterios de discernimiento y miedo, miedo de su desnudez y de la voz de Dios). ¿La consecuencia? La muerte.

¿Cómo recuperar entonces la concordia perdida? Bernardo arma todo un pleito en el cielo de Dios entre la misericordia y la verdad, la justicia y la paz para explicar el salmo 88,15: *La misericordia y la verdad te preceden. La justicia y el derecho preparan tu trono* y el salmo 84,11: *justitia et pax osculatae sunt, la justicia y la paz se han besado*.

Las cuatro virtudes actúan una gran búsqueda, una gran confabulación, casi pelean entre ellas en el cielo para encontrar alguien que unifique en sí mismo estas cuatro virtudes y puedan reconstruirlas en el hombre perdido. Una búsqueda difícil. No encuentran a nadie que tenga en sí mismo la perfecta concordia, es decir la plenitud de la misericordia y verdad, justicia y paz. Al final de la larga búsqueda se dan cuenta de que sólo el Hijo de Dios posee esta plenitud porque su amor es infinito y eterno: «Este triunfo estaba reservado para aquel cuyo amor era tan grande que daría la vida por unos siervos indignos e inútiles...». El cuento continúa imaginando un diálogo entre el Rey y las cuatro virtudes. «El Rey comprendió y dijo: “Cuánto me pesa haber

creado al hombre. Me embarga la pena. Debo soportar la pena y hacer penitencia por el hombre que creé". Y añadió: "Aquí estoy. Es imposible que pase este cáliz sin que yo lo beba". Llamó inmediatamente a Gabriel y le dijo: "Ve y di a la hija de Sión: 'Mira, adorna tu tálamo y recibe a tu Rey' "».

A este punto las cuatro se movilizan: «Se adelantaron la Misericordia y la Verdad... la Justicia le preparó el trono... la Paz acompañó al Rey cantando en el nacimiento del Señor: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"... Y en ese mismo momento se besaron la Justicia y la Paz, que hasta entonces habían sido bastante rivales... La primera llevaba el agujijón del temor y la Paz no había podido abrir las puertas de la eterna felicidad a los hombres caídos...».

De toda esta poderosa imaginación de Bernardo podemos aprender lo que significa para él la concordia que se mueve entre el misterio de la creación en la cual ha sido destruida por la arrogancia del primer hombre, y el misterio de la redención en la que es reconstruida porque el Hijo de Dios acepta beber el cáliz de su pasión salvadora.

Es importante considerar los "componentes" de la concordia: la justicia, que para Bernardo es el sano discernimiento: «*La primera exigencia de la justicia es no pecar y la segunda es reparar el pecado con la penitencia*». La justicia es entonces el problema de la conciencia recta que siempre empieza desde el interior de la persona, más que de reformas de las estructuras exteriores o de los acontecimientos de la vida. La justicia es «*transparencia al misterio*», diría Don Giussani. La justicia está, ante todo y sobre todo, dentro de nosotros y Bernardo la asocia directamente a la Verdad, o -como diría Julián Carrón- a la consistencia original de la realidad: «La experiencia original es la de una evidencia que pesca en la consistencia original de la realidad, de una mirada que no se queda en la superficie, sino que va al fondo de su mismo movimiento, hasta encontrar y reconocer a Aquel que determina toda presencia»⁴. La verdad está entonces al alcance de quien no se detiene en lo superficial, en la apariencia de las cosas y trata de llegar al sentido último de todo, a aquella Presencia que está en el origen de toda presencia. «*Cuando nos paramos en la superficie, lo real pierde su novedad*» y su verdad. Dado que la realidad que tocamos es siempre signo de otra realidad y siempre nos remite al Otro, a aquel a quien corresponde la espera de nuestro corazón (*cuando ustedes ven un ocaso o un amanecer...*). En último análisis la Verdad es Dios, y el Hijo en el cual todas las cosas han sido creadas, viven y encuentran su consistencia y su significado. La vida es vida si es lucha de la verdad contra la mentira detrás de la cual nos disfrazamos y justificamos. «*La verdad -dice Julián Carrón- no es una palabra abstracta, sino el acontecimiento que domina la experiencia*». Si no hay verdad, todo acontecimiento, aún el más clamoroso, nos aburre, nos desilusiona, nos cansa, no tiene sentido... El drama de la generación moderna es la falta de sentido. La verdad suprema sobre nuestra vida que el Señor nos otorga es nuestra misma vocación, sello de un llamado y de una precisa voluntad de Dios. No tenemos que confundir sinceridad con verdad: la verdad es el dedo de Dios que ha tocado nuestra vida y la ha entregado a un misterio y, concretamente, a un carisma, a una Orden, a una Casa, a una comunidad, a una concreta realidad de tiempo, historia, espacio. Esta es la gran verdad que se manifiesta en la medida de nuestra adhesión. ¿Dónde se sitúa la lucha? Entre la evidencia de la voluntad de

⁴ *Tracce*, settembre 98.

Dios sobre nosotros y nuestra resistencia a adherir a su misterio concreto, a su realidad evidente, a la «carne» de Cristo en todo su peso de carnalidad y concreción.

No olvidemos que Bernardo está hablando de concordia, fíjense entonces en la importancia que justicia y verdad tienen en su desarrollo.

Y sigue con la misericordia y la paz que tienen que besarse. Por lo que yo puedo comprender del pensamiento de Bernardo, él ve la misericordia como el alma misma de la paz. Porque si la paz lucha contra toda división que viene del maligno, la misericordia es el sentido de la victoria sobre la maldad. La paz unifica lo que el diablo rompió de la concordia original y la misericordia llena este espacio de salvación. La comparación que usa Bernardo es la de la túnica de una pieza de Jesús. «*En lugar de romperla, la echaron a suertes*. Para mí -dice Bernardo- es símbolo de la imagen divina, que no está cosida, sino que es algo inserto e impreso en la naturaleza, y por eso no se puede dividir ni rasgar. Porque el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios; la imagen radica en su libertad (libre albedrío) y la semejanza en las virtudes (que componen la concordia)».

La concordia es entonces la flor que brota de la raíz originaria del hombre, así como nació de la mano de Dios, y que brota de la raíz suprema desde la cual toda flor germina, Jesucristo. «Fíjate bien -dice Bernardo- al decir que la flor brotó de la raíz pone de manifiesto que tiene la misma sustancia que existe desde el principio... Y al añadir que reposará sobre él el Espíritu, indica que en él no existió la más mínima contradicción».

La concordia pertenece, entonces, según la visión de Bernardo, a la misma sustancia divina. Sin duda una afirmación muy fuerte, pero Bernardo es una de las personas más libres y atrevidas del mundo. Sin duda nunca el hombre podrá alterar la sustancia divina, pero, si altera la concordia, en sí mismo y fuera de sí, rompe el orden, unificado y concorde, de la creación que procede de la naturaleza divina y casi anula el poder salvador de la nueva creación: la redención que, desde la sustancia divina, llena la creación de misericordia, justicia, verdad y paz.

Bernardo nos ha presentado el hombre concorde y nos va a presentar también un modelo de comunidad concorde. Las referencias son muchas. Tomamos por el momento el comentario al relato evangélico de la multiplicación de los siete panes.

Hay un punto del Sermón en el cual, aún hablando de la muchedumbre hambrienta que lo seguía, hay una clara identificación de esta muchedumbre con la comunidad monástica. Bernardo desea que la comunidad, que «su» comunidad, pueda recibir los siete panes del Señor y para que esto acontezca pone algunas condiciones que nos dan su visión de la comunidad concorde.

Ante todo, quiere que la comunidad camine en la luz de Cristo, la luz de la verdad que es Cristo mismo y del amor de Cristo. Quiere una comunidad «luminosa» en la cual se refleje el Evangelio. Entonces pide, exhorta, advierte, suplica a los suyos para que no anden por cañadas oscuras y lugares escondidos sino que todos caminen en la luz: «No haya entre vosotros quien camine a la deriva por cualquier ventolera de doctrina; son personas turbulentas e inconstantes,

inestables e inmaduras: como la paja que arrebató el viento». Pero además de la luz quiere una comunidad concorde: «¿Y qué diremos de esos que van contra todos y todos contra ellos?... Son una peste terrible y fatal; porque uno solo obstinado basta para turbar a todos, convertirse en manzana de discordia y motivo de escándalo...». Y añade para fortalecer el bien de la concordia: «Evita toda especie de falsedad... Huid de la ansiedad y la ligereza... Esquivad la intransigencia y el vicio detestable de la singularidad...».

Bernardo pinta entonces una comunidad que camina en la luz de Cristo, que se mueve en una firme adhesión de la fe y una clara secuela doctrinal, es decir, sigue fielmente la enseñanza de la Iglesia y de la Casa: tiene un alma de discípulo. En su comunidad no quiere personas turbulentas, agitadas e inconstantes; y sobre todo, teme a los obstinados, se supone los obstinados en sus ideas, sus criterios, su voluntad, su actitud... claramente fuera de una obediencia dócil, confiada, serena. Estos, para Bernardo, son la peste de las comunidades.

Pero más interesante es cómo, en cierta forma, Bernardo explica algunas de las causas principales de esta obstinación pestilente: la mentira, la ansiedad, la ligereza, la intransigencia, la singularidad.

La mentira es una causa obvia pues altera la verdad, oscurece la luz, produce confusión que, a su vez, engendra discordia. Menos obvias son las otras causas... Pero Bernardo es un agudo conocedor del alma humana. De hecho, la persona ansiosa, que se pone tensa y angustiada porque las cosas no andan como ella quiere o no obtiene lo que le parece necesitar imprescindiblemente, altera la concordia. A veces la obstinación no es muy evidente, pero las personas que nunca cambian de parecer, que quedan agarradas fuertemente a sus criterios, juicios, manera de ver, destruyen poco a poco no solamente la concordia sino el cuerpo mismo del Señor; la ligereza o superficialidad cubre o ignora u olvida los hechos y no construye nada. Gente que no toma en serio la vida, para las cuales todo es siempre muy relativo, nada vincula ni es determinante... El relativismo es la enfermedad del siglo, sin embargo, para Bernardo, este tipo de vacío moral destruye la concordia. Sigue la intransigencia que es como la otra cara del relativismo, típica de las personas que no saben comprender, adecuarse a una situación o a distintas personas, que todo lo juzgan en base a una observancia o a un rigor de obediencia impositiva y, muchas veces, pretenden de los demás lo que ellas mismas nunca viven. Cuántas veces he visto o escuchado juzgar duramente a una persona y considerarla inadecuada a la vocación monástica porque no podía levantarse todas las noches para las vigiliass o aguantar un duro trabajo campesino, mientras que quien hacía la observancia aguantaba mucho menos. O considerar desobediencia todo lo que no se movía dentro de una obediencia totalmente servil y ejecutiva... Hay una intransigencia que daña hondamente a la concordia pues discrimina mucho, se desliza fácilmente al desprecio, elimina y etiqueta sin remisión. Por fin Bernardo habla de la singularidad: se trata de las personas que quieren hacer siempre algo distinto de los demás, que no se integran con la comunidad, ni con su gracia, ni con su historia, ni con su realidad concreta. Personas que oscilan entre el sueño y la rebeldía («*virgo singularis*» se decía en mis tiempos) y nunca están «contentas» de lo que Dios les da. También éstas son personas que destruyen la concordia, la «*unanimitas*», y ponen constantemente una nota disorde o agresiva en la armonía comunitaria.

El pensamiento de Bernardo sobre la comunidad concorde es claro y viene confirmado por el don de los siete panes que Jesús otorga a la comunidad unánime y fiel para que se alimente con el bien de la concordia.

¿Qué son los siete panes? «El primero es la Palabra de Dios en la cual está la vida del hombre. El segundo es la obediencia... El tercero la santa meditación...la reflexión. El cuarto las lágrimas de los que oran (conciencia de su pecado). El quinto, el trabajo de la penitencia, es decir de la conversión continua... El sexto pan es la gozosa y sociable unanimidad. Un pan amasado con muchos granos y fermentado con la sabiduría de Dios. Y el séptimo pan es la Eucaristía, pues el "pan que voy a dar -dice el Señor- es mi carne, para que el mundo viva"».

Entonces es claro que la «gozosa y sociable unanimidad», preparada por el don de la oración, de la compunción, de la obediencia, de la conversión, desemboca directamente en el misterio eucarístico y transforma la comunidad en este pan sagrado que es el cuerpo del Señor.

Bellísimo es el párrafo del *V Sermón de la Asunción de María*, en el cual, haciendo la comparación entre Marta, agitada y ansiosa y María, toda unificada en su deseo de escucha de la Palabra del Señor, afirma:

«Practiquemos, hermanos, la unidad que santifica; esa que ahora nos es tan necesaria. Esa amabilidad tan deslumbrante que entusiasma al salmista: "¡ved qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos!" Y no contento de proclamar su belleza, proclama también su utilidad: "Porque allí manda el Señor la bendición, la vida para siempre". Ahora la bendición, y en el tiempo venidero la vida eterna. Esta es la unidad (la concordia) que tan vivamente nos recomienda el Apóstol: "*Esforzaos por mantener la unidad que crea el Espíritu, estrechándola con la paz*"⁵».

Todos deben fomentar la concordia, tanto los responsables como los hermanos, teniendo en cuenta que la presunción (tentación del poder), la ligereza, la superficialidad (ligeros e inconstantes) la obstaculizan. Y concretamente explica que la concordia con nuestros hermanos y hermanas de la comunidad se consigue de dos maneras:

«Acercándome al otro con amor y acogiendo el afecto que el otro nos ofrece. Los dos impedimentos para conseguirla son la obstinación y la suspicacia. La obstinación no nos permite entrar en el interior del otro, y la suspicacia nos impide creer que los otros nos aman. De este modo, ni nosotros amamos al otro, por nuestra obstinación; ni creemos que los otros nos aman, por culpa de nuestra suspicacia. Y quien sufre la consecuencia es la unión (la concordia) que debemos tener con el prójimo».

Bernardo se repite: es evidente que la obstinación, la agitación, la superficialidad lo contristan y le preocupan mucho, pero en esta última cita se añade este creer en el amor del otro, esta lucha contra la sospecha que revela no solamente su pasión por la concordia y la unanimidad comunitaria, sino también ese deseo de ternura y confianza recíproca, ese deseo de amabilidad y

⁵ Efesios 4,3.

mutua compasión que es un toque de humanidad muy típico de Bernardo. «*Que el suspicaz practique la caridad que todo lo cree, y esté firmemente convencido que todos le aman a él.*»

* * *

Bernardo nos ha presentado su visión del hombre concorde, con sus cuatro virtudes que componen su unificación interior y exterior. Nos ha presentado la comunidad concorde y su condena de lo que altera la concordia, principalmente la mentira, la agitación, la superficialidad, la obstinación. Nos confirma ahora en esta visión de la comunidad concorde con dos comparaciones altísimas: la de comunidad angélica y la de comunidad trinitaria. La primera merece una larga cita del *Sermón I para la fiesta de san Miguel*. Bernardo habla de la «*valiosa amistad de los ángeles*» que no debemos contristar sino agradecer, pues ellos velan constantemente sobre nosotros y son también el término de comparación de nuestra vida comunitaria.

«Son muchísimas las cosas que agradan a los ángeles y que les gusta encontrar en nosotros: la sobriedad, la castidad, la pobreza voluntaria, el deseo incesante del cielo, la oración con lágrimas y la pureza de corazón. Pero por encima de todo, los ángeles de paz nos exigen la unión y la paz. Esto es lo que a ellos más les agrada, porque nos convierte en un vivo retrato de su patria, y hace de la tierra una nueva Jerusalén. Y si en aquella ciudad reina la unión más perfecta, tengamos también nosotros unos mismos sentimientos e idénticas palabras (en otro Sermón Bernardo explicará en qué consiste la identidad de palabra); no haya bandos entre nosotros, sino formemos todos un solo cuerpo. Nada ofende más (a los ángeles) e les indigna tanto como las discusiones y escándalos que puedan darse entre nosotros».

Y Bernardo explica el escándalo que entristece a los ángeles: «*rivalidad y discordia... que crean divisiones... y nos inclinan hacia los bajos instintos*». Se trata de los «**hombres carnales**» con los cuales es «*imposible convivir*».

«¿Puede unirse la luz con las tinieblas? Nosotros pertenecemos al reino de la unidad y de la paz y esperábamos atraer a los hombres a esta misma unión y concordia. ¿Cómo van a compenetrarse con nosotros si no se entienden entre ellos?» (*Ib.*).

La indicación para vivir la mutua integración, la comunión comunitaria, es clara: evitamos toda rivalidad y discordia, toda querrela y defensa, evitamos lo que divide, fomentamos lo que une. Y hay una explicación muy interesante del «**hombre carnal**». Bernardo llama «**hombres carnales**» a los que fomentan rivalidades y discordias. Evidentemente los «**bajos instintos**» a los cuales estos hombres se deslizan rápidamente no son tanto un problema sexual como un problema moral, aunque muchas veces los dos vayan juntos. Es "carnal" el hombre dividido, sin paz, agitado, y que se mueve entre comparaciones, envidias, quejas y rivalidades. ¡Este es el verdadero «**hombre carnal**»! Y puede ser que, a veces, ciertos disturbios que sufrimos al nivel de la carne sean causados por esta división más profunda que escandaliza de veras a los ángeles: nuestra desunión comunitaria.

La segunda comparación que usa Bernardo para subrayar el valor y el sentido de la comunidad concorde es nada menos que la Santísima Trinidad.

«Qué es esa unidad que hace de muchos corazones uno solo y de muchas almas una sola?... No se habla de la unidad de la pluralidad, sino que designa en singular la unidad. Es la unidad suprema y única, que no es una conexión sino que subsiste eternamente... No es conjunción de esencias o consenso de voluntades, sino una única esencia y una misma voluntad; no es fruto de un consenso, de una composición, de una atadura... sino una sola y única voluntad».

Él explica después que en el hombre esencia y voluntad se diferencian y entonces la unión entre los hombres radica en la comunión de voluntades distintas que se unifican en el consentimiento del amor. Este concepto de comunión de voluntades, muy típico de Bernardo, es el verdadero consenso comunitario. En la Trinidad no hay necesidad de consenso pues hay una única voluntad en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Entre los hombres, el modelo trinitario sobre el cual la comunidad se plasma, se manifiesta en el consenso, comunión de voluntades. Querer juntos la misma cosa, amar juntos los mismos valores, buscar juntos el bien común. Una vez más Bernardo nos repite que la concordia no es un sentimiento sino una comunión de voluntades. Muchas veces caímos en la visión ambigua que presenta a la comunión como un problema de la afectividad. La afectividad no es extraña, es cierto, pero el móvil verdadero de la concordia no reposa sobre la afectividad sino sobre la opción responsable y libre de una comunión de voluntades. Por eso siempre decimos, por ejemplo: «Si tú quieres a tus superiores, vive de la palabra que te dicen y no del cariño o de la atención particular que te proporcionan...» Eso moviliza también el deseo de comprender lo que se me pide, asumir la corrección que se me hace, interiorizar la indicación que recibo. Comprender e interiorizar para llegar a la verdadera cumbre del amor: la comunión de las voluntades. A veces pensamos que vivimos una comunión de voluntades porque estamos realizando bien la tarea del trabajo que nos confiaron. Pero eso no basta. Tenemos que ver si dentro de nuestro servicio se está realizando con las personas que trabajan conmigo una real comunión de voluntades, una auténtica colaboración, un espíritu de confianza cordial y sincero, una libertad de relación que elimine el miedo y la dependencia infantil y desarrolle la valoración plena del aporte de cada persona. Y cuando hay comunión de voluntades hay también consentimiento del amor. El amor consiente, trata de complacer y no porque espera recibir aprobación y complacencia o para no tener conflictos, sino porque la caridad de Cristo ha penetrado nuestros corazones y los ha llenado de gratitud.

Escuchando los diálogos de nuestro “monasticado” o del noviciado que buscan contestar a las preguntas del cuestionario que nos envió la Orden para preparar el informe comunitario que deberá ser presentado al próximo Capítulo General, vimos que una de las cosas más difíciles era contestar a la pregunta nº 2, en la cual se pide aclarar cuáles son las tentaciones comunitarias más evidentes. Ambos grupos se inclinan a poner estas tentaciones en el ámbito de las relaciones fraternas: necesidad de una real colaboración, de una corresponsabilidad más adulta y verdadera, pequeños problemas de proteccionismo y alianzas, formas de murmuración, de desconfianza...

Seguramente, vivir una comunión de las voluntades en el consentimiento del amor pide un corazón muy puro, un desapego total de sí mismo. Por eso, a esta imagen de una comunidad que se modela sobre la comunión trinitaria, Bernardo añade toda una gran comparación con los lirios: «El esposo se apacienta entre los lirios... El candor se apacienta entre las virtudes de los candorosos... y acoge a los pecadores arrepentidos en su cuerpo que es la Iglesia. Para incorporarlos a Él se hizo a sí mismo pecado el que no cometió pecado... Son los puros de corazón los que logran la concordia». Pero es interesante la explicación (¡una de las tantas!) que Bernardo da de esta pureza de corazón. Él comenta: ¿de qué se apacienta este Lirio eterno? Y contesta citando *Juan 4, 34*: «*“Para mí es alimento cumplir el designio de mi Padre”*. Si ayuno para satisfacer mi voluntad propia, al Esposo no le seduce ese ayuno ni le gusta. Digamos lo mismo del silencio, las vigiliass, la oración, la lectura, el trabajo manual, en fin, de todas las observancias del monje en las que satisface su voluntad y no la obediencia al maestro. Esas observancias, buenas de suyo, no puedo considerarlas como lirios... El que se apacienta entre lirios no podrá gustar cuanto está manchado por la voluntad propia...» (C.C. 71). Entonces, para Bernardo, la gran fuente de la pureza interior que da acceso a la concordia, es la obediencia, la liberación de la voluntad propia.

Volvamos un momento, para concluir esta reflexión, sobre la unidad de sentimientos y la misma palabra de la que Bernardo hablaba en el *Sermón para la fiesta de San Miguel*. En el segundo *Sermón sobre el Cantar* hay una pequeña explicación de esta misma palabra. Bernardo comenta el Salmo 83: *Dichosos los que viven en tu casa, Señor, alabándote siempre* y habla de la *exhalación de esa sagrada unción (es unguento precioso en la cabeza, convivir los hermanos unidos: Sal 132)* que es propia de una comunidad concorde que vive la alegría de la alabanza de Dios, anticipando en la tierra la paz de los ciudadanos del cielo. ¿Qué es este perfume agradable, este unguento precioso? Según Bernardo es la **acción de gracias**, es decir, el **vivir agradeciendo**, Y explica:

«Es bueno el recuerdo de los pecados... pero los que lloran sus pecados no viven juntos, ya que cada uno llora y deplora sus pecados personales. Mas los que viven en acción de gracias, sólo miran a Dios que atrae toda su atención y por eso conviven realmente entre sí... Así pues, amigos míos, os exhorto a que intentéis salir del molesto y angustioso recuerdo de vuestros pecados y caminéis por las sendas del recuerdo sereno de los beneficios de Dios».

La “misma palabra” que une a los hermanos y perfuma de concordia la comunidad es la palabra “gracias”. Si una comunidad agradece, si las hermanas que conviven saben agradecer a Dios y mutuamente se agradecen, no porque han recibido signos especiales de ternura, comprensión, atención, sino porque el agradecer afirma la bondad de Dios, ennoblece al hombre, testimonia la fe en la misericordia recibida y manifiesta el milagro de la redención, esta comunidad refleja la Jerusalén celestial y la comunidad de los ángeles⁶

* * *

Permaneciendo en el ámbito altísimo de la Ssma. Trinidad y en la comunión de todos los santos, Bernardo nos ofrece en el libro de la **Consideración** una larga lista de distintas clases de **unidad** que se manifiestan en la relación entre unidad y pluralidad.

Hay diversas clases de unidad, especifica Bernardo: «La unidad que puede llamarse colectiva, como la que forma un montón de piedras..., otra constitutiva, la que hacen varias partes para formar un todo o varios miembros en un solo cuerpo..., la unidad conyugal por la que dos ya no son dos, sino una sola carne..., la unidad potestativa por la que, un hombre estable y constante, se esfuerza por permanecer idéntico a sí mismo..., la unidad del consentimiento, cuando entre muchos que se aman entre sí forman un solo corazón y una sola alma..., la unidad del deseo, cuando el alma adhiriéndose a Dios con todo su afecto es un espíritu con Él... y la unidad de pura dignación divina, cuando nuestro barro fue asumido por el Verbo de Dios para constituir una sola persona...».

Una lista que puede aplicarse también a la comunidad para ayudarnos a preguntarnos cuál es el tipo de unidad que queremos vivir.

Hay una **unidad colectiva** cuando hay yuxtaposición de personas, cuando en una comunidad hay personas que conviven sin conocerse, sin quererse, sin compenetrarse, sin integrarse, sin reciprocidad y casi rechazándose o por lo menos en situación de conflicto no sanado. Bernardo las define “un montón de piedras”, sin relación entre ellas. Cada una aislada en su individualidad, en su razón de ser que no comparte con nadie, ni se modifica con nada. Un montón de piedras... La pregunta que surge es la de considerar si, a veces, nuestra “unidad” es tan formal, indiferente, superficial, egoísta, que merece ser llamada una unidad puramente colectiva, una yuxtaposición de personas que se ignoran y no se reconocen, no se transforman en el intercambio mutuo de un aporte, una corrección, una convivencia. Eso puede ocurrir también cuando yo estoy tan centrada en mí misma que todo y todos se vuelven relativos, casi opacos y sin interés. Mi mundo es mi yo: todo el resto tiene importancia sólo si sirve o conviene a mi yo, de otra manera queda excluido.

Y hay una **unidad constitutiva** cuando los varios miembros forman un único cuerpo. Es decir, los miembros no se yuxtaponen sino que se insertan el uno en el otro hasta constituir una sola realidad corpórea. Y eso supone escucha mutua, compenetración, vulnerabilidad.

Para Bernardo esta unidad, que ya es tan aglutinante y tan fuerte, todavía no es completa si no hay también unidad de consentimiento que establece no solamente un solo cuerpo, sino también un único corazón. De hecho se puede tener un gran espíritu de cuerpo sin que esté implicado el corazón. Los miembros de una empresa o de un equipo deportivo pueden tener un gran espíritu de cuerpo orientado a una meta, a un éxito empresarial, a una competición, a una victoria deportiva... El corazón no está implicado. Dicen que los japoneses tienen más espíritu de cuerpo con su empresa que con su familia. El éxito de la empresa, su fuerza corporativa, es más importante que cualquier fuerza familiar. Por eso, para Bernardo, el simple formar un cuerpo no

⁶ *Sermón en la Anunciación del Señor, 1,5.*

basta. Él pide a sus monjes la unidad de consentimiento, el compromiso afectivo, la fusión de los corazones. Lo que fomenta la verdadera concordia y celebra una auténtica unidad se encuentra en el corazón. Tenía razón la pequeña Teresa al afirmar: «En el corazón de la Iglesia yo seré el amor».

¿Y dónde se apoya la unidad de consentimiento? Bernardo nos dice que su raíz está en la unidad del deseo «*cuando el alma adhiriéndose a Dios con todo su afecto es un espíritu con Él*». El deseo es para Bernardo el motor interior, la fuerza espiritual, que imprime aquel único movimiento hacia el fin supremo y el supremo amor que, de veras aglutina unos con otros los miembros de un mismo cuerpo. Afecto y deseo: las dos corrientes vitales que constituyen la comunidad concorde. El bellissimo texto de san Bernardo que nuestro Breviario nos ofrece hoy para la fiesta de todos los Santos habla únicamente del "deseo". En el lenguaje actual el deseo toma también el nombre de **visión común**, de experiencia de **comuniión**. Si en una comunidad no hay unidad tendríamos que preguntarnos seriamente: **¿A dónde está vuelto nuestro deseo?** ¿Qué es lo que anhelamos, que deseamos, por lo cual vivimos?... ¿Es la unión con Jesús, su imitación, la conformación a Él, o hay otros deseos que ocupan nuestro corazón: deseo de revancha, de afirmación, de evasión, o simplemente el deseo de huir del sufrimiento y de la cruz? *Donde está tu deseo allí está también tu corazón* nos dice el Evangelio. Si el deseo está anclado en Cristo, *¡tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro!*, hay una real fuerza aglutinante entre los miembros de un cuerpo que, juntos, edifican la Iglesia del Señor. ¡Cómo tenemos que estar atentas para mirar cuál es la fuerza de deseo que hay dentro de nuestros corazones!

Hay una linda página de Don Giussani en el libro *Se puede verdaderamente vivir así*, que explica bien la diferencia entre una comunidad colectiva y otra profundamente constitutiva del hombre:

«¿Cuándo una convivencia se hace Iglesia? ¿Cómo hacía este pequeño grupo de hombres (los apóstoles) para creer en Él? Porque semana tras semana, día tras día, lo siguieron y se les hizo más evidente que cualquier otra cosa que debían fiarse de Él: "Si no confío en este hombre, tampoco podré creer a mis ojos". Estos hombres descubrieron la dimensión de su fe y de su adhesión en la convivencia con Él. El que no había convivido con Él, nunca hubiera podido decir como Pedro: "*Tú solo tienes palabras de vida eterna*". La muchedumbre iba tras Él, con entusiasmo, para escucharlo hablar. Pero cinco minutos después de su palabra, lo olvidaba, tomada por las necesidades materiales de la vida: cada uno volvía a su casa. Y cuando el gentío escuchó decir después a los fariseos: "*Este es el hijo de Satanás; hace prodigios en el nombre de Belzebú, es el jefe de los demonios*", esa misma muchedumbre -acostumbrada a obedecer a los periodistas y a la televisión- cambió de parecer. Siete días antes quería hacerlo rey; después, viéndolo preso, junto con los fariseos, gritaba: "*¡Mátalo, crucifícalo!*". Y Pilato cedió al pueblo y lo mató porque el pueblo gritaba: "*¡Mátalo!*". Pero si el pueblo lo hubiera seguido siempre -por semanas, meses, años, dos años enteros- nunca hubiera gritado "*¡Mátalo!*". Escuchar a uno que dice: "*Sin mí, ustedes no pueden hacer nada*" ¿Quién puede decir esto, sino Dios? Un hombre que comía y

bebía con ellos y era Dios... La duda era admisible: para los hebreos que tenían de Dios el concepto más puro que existe en la historia, era una cosa imposible... Instigado, después, por los jefes de los fariseos, sus intelectuales, sus científicos, el pueblo gritó: mávalo... Pero si ese mismo pueblo hubiera vivido con Él como aquella docena de hombres que lo siguieron, si hubiera vivido con Él semanas, meses, viendo todos los días lo que Él hacía, escuchando lo que Él decía... Ninguna palabra suya que no estuviera llena de misterio y de bondad, ningún gesto que no fuera en beneficio de alguien, un poder sobre la naturaleza: donde tocaba, donde hablaba, la naturaleza obedecía; sobre todo sus ojos, que miraban dentro y sin haberte visto nunca te decían: "Tú hiciste esto y esto..." No hay milagro más grande para un hombre que verse descubierto en lo que tampoco él conoce, en su pasado, en su hoy... como Magdalena, Zaqueo, Pedro... No convivieron con Él... La convivencia, la verdadera convivencia, es el factor necesario para que la secuela explote como el juicio evidente, como la verdad última de la vida. Los apóstoles cuando no comprendían algo, iban después y preguntaban: "Maestro ¿qué quisiste decir?". Eran familiares con Él. Y poco a poco se formaba en ellos, en la experiencia de una convivencia que revelaba cada vez más una presencia, un juicio, una memoria...».

Toda esta larga y bellísima cita sirve solamente para decir que una comunidad de **colectiva** se hace **constitutiva** cuando la convivencia entre personas es secuela, seguimiento de Alguien que es la presencia viva que da sentido a toda la vida, cuando la cosa más importante es el deseo de seguirlo, de estar con Él, de vivir con Él, de vivir para Él, de existir solo en Él y cuando la comunidad se reúne y forma sólo para *buscar su rostro*, es decir, hacer su voluntad. Entonces, el consentimiento del amor, alimentado por la unidad de deseo engendra la Iglesia y manifiesta la semejanza trinitaria que lo modela.

Y aquí se sitúa la base, el fundamento de **la concordia**. La concordia, digámoslo una vez más, no es pura convivencia basada en una cierta armonía, sin demasiados conflictos, sin demasiados problemas. No, la concordia necesita una secuela, una cercanía amorosa y continua con el Señor, una comunión de deseo... Es solamente la vida con Cristo, por Él y en Él que aglutina a las personas en la sangre del Hijo de Dios, que consiente que los miembros de una convivencia se conozcan profundamente, se acepten con amor, mutuamente se reciban y caminen juntos hacia la vida eterna. De allí la paz y la alegría de un corazón despojado de sí y mendigo de la eterna amistad y de la convivencia con todos los santos del Paraíso.

Una linda cita de Gilberto de Hoiland nos ilumina: «Cristo rechaza más la aspereza de las costumbres y las frases hirientes que la picadura de las espinas, sobre todo de parte de aquellos que están llamados a la sencillez del silencio, a la vocación de la caridad, al sosiego del descanso, a la escuela de la humildad, al deseo de la obediencia, a la concordia de la unidad».

La secuela de Cristo y el amor mutuo son el gran milagro y la fuerza vital de toda convivencia... Permanece la pregunta: ¿somos una comunidad colectiva o una comunidad que constituye el hombre como deseo, como secuela, como convivencia enamorada, como comuni-

dad tomada únicamente por el deseo de su rostro, de su voluntad, de su presencia y que por esa captación profunda, total, incondicional de la presencia que es vida eterna, aprende la alegría de la mutua dependencia, la profundidad del afecto fraterno, el respeto admirado y confiado de toda hermana, el gozo del mutuo consentimiento del amor, la concordia que fundamenta la unidad?

En María la Eterna Concordia se hizo carne y habitó en medio de los hombres. Esta es nuestra esperanza, en María, fuente de toda concordia...

* * *

Podemos concluir esta rápida búsqueda del sentido de la **concordia** en Bernardo citando un último párrafo del *Sermón 66 de Diversis*.

Bernardo comenta las tres parábolas relatadas por san Mateo sobre *el reino de los cielos que se parece a un tesoro escondido en el campo*... El campo es para Bernardo el cuerpo del hombre:

«Mientras está invadido por las pasiones de los deseos es totalmente estéril... sólo produce cardos y espinas y nadie conoce sus riquezas interiores... Compra ese campo y rescata tu cuerpo de sus concupiscencias, pagando el precio... Cuando hayas encontrado el tesoro, ponte a negociar la perla preciosa. Si encuentras una de gran valor, vende todo lo que tienes y cómprala. ¿Cuál es esa perla de tanto valor?... Yo creo que esta única perla es la unidad. Busca perlas de gran valor quien no se contenta con los bienes elementales de la salvación, sino que persigue los más excelentes y sublimes. Y como lo más valioso que se encuentra es la unidad, no escatima nada por ella: tiene la audacia de preferir la unidad a los ayunos, vigiliias y oraciones».

Sin duda la comparación entre la unidad y la perla preciosa por la cual todo merece ser vendido y considerado basura, es muy fuerte. Y por añadidura, Bernardo afirma:

«¡Ojalá permanezcas tú en ella, no como uno de tantos, sino como uno en relación con todos!»

¿Qué significa «Abre de par en par tu corazón y llena tus entrañas con todos los afectos posibles; hazte todo para todos, dispuesto siempre a sufrir y a gozar con todos...»?

No otra cosa que lo que fuimos diciendo en los domingos pasados: permanecer en la unidad, de la cual la concordia es la expresión viviente, es permanecer en relación con todos, abriendo el corazón a un afecto sincero y profundo, haciéndose todo a todos, dispuesto a sufrir y gozar con todos... Es interesante notar como Bernardo da gran valor al afecto, al quererse, abriendo de par en par el corazón a una acogida llena de ternura, comprensión y compasión. Es un rasgo muy maternal en la personalidad tan profética de Bernardo. A veces nosotras somos muy críticas y exigentes en la relación con nuestras hermanas, y tenemos mucho miedo de arriesgar un compromiso fuertemente afectivo. Tenemos un miedo tremendo a lo que es pegajoso, meloso,

dependiente, y eso es justo, sano y prudente pues el amor exige por sí mismo plena libertad y gran respeto. Sin embargo -para Bernardo- la unidad exige una gran apertura al amor, un fuerte compromiso afectivo. Lejos de toda posesividad el *affectus* florece en Bernardo de forma muy humana y tangible. Y nos interpela... ¿Qué es lo que florece primero en nuestras relaciones fraternas: la defensa, la afirmación, el juicio o el amor tierno, confiado, transparente, generoso? Nunca acabaremos de examinar nuestra conciencia en ese esfuerzo para descubrir dentro del campo de nuestro cuerpo la perla preciosa del amor que el Espíritu ha depositado en nuestra alma.

Creo que todo el Medioevo estuvo empapado por esta antropología afectiva de Bernardo y me golpeó mucho, en un estudio reciente de Armando Veilleux, que fue presentado en un admirable *excursus* histórico en el último Congreso de Císter (espero tener pronto la traducción castellana pues de momento tenemos sólo el texto francés e italiano), la visión cenobítica de los comienzos de Císter. Los cistercienses nacieron como cenobitas y en esta estructura básica "comunional" toma una importancia excepcional todo el tema de la concordia, de la unidad, de la unanimidad, del amor.

Quiero entonces presentar una parte de este estudio de Don Armando, aunque lo escucharemos en su versión más completa e interesante, cuando recibamos la versión española de su texto.

«La orientación claramente cenobítica del primitivo Císter es una de sus características más importantes que lo distingue de casi todas las demás reformas monásticas del tiempo que, por lo general, fueron proyectos de una sola persona. Podemos mencionar a Romualdo de Camaldoli (1012), Juan Gualberto de Vallombrosa (1038), Pedro Damián de Fuente Avellana (1047), Bruno de la Gran Cartuja (1084)... Con Roberto de Molesmes tenemos una realidad completamente distinta. Roberto, verdadero hijo de su tiempo, tenía un sentido muy fuerte de la comunidad. Él era, ante todo, un hombre de comunidad, mucho tiempo antes de ser abad. Es verdad que Roberto cambió muchas veces de comunidad, pero siempre formó parte de una comunidad... Consideremos un momento su última experiencia, la de Molesmes. Todas las grandes reformas empiezan con un movimiento eremítico. Un gran número de personas elige la vida eremítica: algunos lo hacen porque tienen una auténtica vocación eremítica, la mayoría lo hace porque busca algo distinto de lo que las comunidades cenobíticas de la época ofrecían. En el momento de la fundación de Císter se estaba dando uno de los más grandes movimientos eremíticos de todos los tiempos y se hablaba de "crisis del cenobitismo". Una de las características principales de la reforma cisterciense fue la capacidad de recuperar en el cenobitismo una nueva atracción hacia la soledad... Roberto era un abad cenobita de primera clase, es decir, una persona que sabía comunicar un ideal y que era capaz, con mucho desapego, de permitir que toda la comunidad o, por lo menos, algunos elementos, guardaran vivas las aspiraciones originales y, cosa aún más considerable, que aún animando fundaciones de Molesmes en nuevo estilo y

tomando parte en una de ellas, nunca perdió la estima y el afecto de su comunidad que siempre quiso recuperarlo como su propio abad. Molesmes era claramente una comunidad que tenía un abad que no quería perder. Roberto pertenecía hondamente a su comunidad... (Con referencia a la fundación de Císter) el texto del *Exordium Parvum* dice: "Salieron con su abad". Esta expresión podría ser considerada una frase sin mucha importancia, si no fuera que ese lenguaje revela una actitud que encontramos en todos los documentos primitivos de la Orden. El *Exordium Parvum* empieza con "Nosotros cistercienses, los primeros fundadores de esta iglesia...". Desde la primera línea se establece que la fundación de Císter no es obra ni de un grupo de monjes, ni de un monasterio o de un lugar, sino de una comunidad, de una Iglesia. Los fundadores quieren demostrar que Císter, desde su comienzo, fue un "*coenobium*"».

Don Armando sigue enumerando los pasajes del *Exordium Parvum* en los cuales aparece claramente este carisma cenobítico del primitivo Císter hasta concebir la comunión entre monasterios de forma cenobítica. En esto los cistercienses han sido grandes innovadores. La autonomía de cada monasterio es preciosa pero también frágil. Por primera vez en la historia del monaquismo, con Císter se realiza un nuevo tipo de equilibrio entre la autonomía de cada monasterio y la comunión en un único cuerpo jurídico por medio de la caridad, del compartir la misma visión de la vida monástica y las mismas observancias, en una estructura de filiación. De ningún modo Císter fue un grupo de ermitaños alrededor de un padre espiritual, sino una comunidad de hermanos que vivían en soledad, bajo una Regla y un abad.

Esta presentación de Don Armando me parece muy importante, casi como la afirmación de Juan María de la Torre sobre la **concordia** como ideal fundante de Císter o la **unanimitas** de Michael Casey como dinámica constitutiva del Císter primitivo.

En el fondo, este rigor de estructura cenobítica -«*salieron con su abad*»- en una búsqueda de concordia y unanimidad subraya el sueño de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, siempre presente en el colectivo de la conciencia monástica, en la cual todos eran un solo corazón y una sola alma alrededor de una **presencia** que se hacía vida, memoria, testimonio, pertenencia eclesial. Es verdad que no faltaron traidores y Pablo se queja por las muchas veces que lo dejaron solo en el dolor de la prueba y en el peso de las Iglesias, pero la imagen que queda imborrable en la memoria histórica de la Iglesia es la de una comunidad maravillosamente concorde.

Y aquí encontramos la perla preciosa del sermón de Bernardo; la perla para adquirir la cual vale la pena vender todo, perder todo, echar todo. La concordia, la unidad personal y comunitaria, signo y profecía de la Iglesia una, santa, católica, apostólica...

Y nosotras... ¿qué hacemos con esta perla preciosa? ¿Estamos dispuestas a dar la vida para que esta perla resplandezca en nuestra iglesia cenobítica, o continuamos viviendo en la miseria de nuestras pretensiones, de nuestros "victimismos", de nuestras defensas egocéntricas y cediendo a nuestras tentaciones de división?...

Hubo una visita oficial de Juan Pablo II al Quirinal, sede del presidente de la República italiana y una frase en el discurso del Presidente que me interesó particularmente. Así dice el texto:

«La voz de la Iglesia que consuela y recuerda los valores fundamentales e inmutables, es lámpara que da luz y fuerza a nuestro camino, pero no puede quitar ni aligerar nuestra carga. Muchas veces sentimos el peso de la soledad y de la incompreensión en nuestra labor, pero sabemos que éste es nuestro deber, de que podemos y debemos responder nosotros solos»⁷.

Me doy cuenta de que quien quiere ser constructor de concordia y de paz y agarrar la perla preciosa, tiene que aceptar también soledad e incompreensión. Vale el precio. La cruz sigue siendo siempre el camino más cierto a la plenitud de toda luz y de toda concordia.

*Monasterio Ntra. Sra. de Coromoto
Apartado 28-3018-A
El Tocuyo. Edo. Lara
Venezuela*

⁷ Discurso de O. L. SCALFARO en la visita del Romano Pontífice al Presidente de la República Italiana. *L'Osservatore Romano*, 23/10/98, p. 596.